

minación absoluta de los individuos y de los pueblos, á la vez en sus almas y en sus bienes. ¿No se dicen todos los reyes instituidos por Dios, depositarios de un cuchillo caído del cielo, y no hizo Federico Barbarroja decidir, en 1158, por los doctores de Bolonia, que le pertenecía el imperio del mundo entero, siendo herética toda opinión contraria? ¿No llegan los reyes á conservarse mucho tiempo y hasta defender completamente su trono en virtud de la misma divinidad de su poder y á pesar de la «excomuni6n»? El rey de Francia, Roberto, resistió mucho tiempo, mereciendo su nombre de «piadoso», al entredicho que pesaba sobre él á causa del matrimonio prohibido: las consecuencias de horror y de execraci6n que se imagina hoy no se produjeron en manera alguna, ¡y precisamente se estaba en el año mil! Puede citarse también como ejemplo la víctima de Gregorio VII, el viejo emperador de Alemania, Enrique IV, que pasó sus últimos días en el palacio del obispo Otbart de Lieja. El pueblo, sin hacer caso de los rayos papales, veneraba al excomulgado como un santo, y cuando murió acudían las gentes de todas partes para tocar su cuerpo: había campesinos que le cubrían de granos para utilizarlos en seguida como semillas, seguros de obtener así abundantes cosechas ¹.

En cuanto al papa y á los otros representantes del poder espiritual, la historia misma de sus conflictos con el mundo civil atestigüa la audacia con que ambicionaban también el poder temporal. Las mismas posesiones que acabaron por obtener en Italia no representaban sino la parte más pequeña de su potencia material. Por mediación de sus legados, que ejercían una jurisdicción sobre todas las iglesias, y exigían el diezmo, se entrometían en todas las causas en que tenían interés directo ó indirecto, y hacían manobrar en ese sentido sus ejércitos de curas y frailes que no tenían más familia que la Iglesia. Todos los hechos de la vida civil, matrimonios, testamentos, nacimientos y muertes, promesas y juramentos, las mismas palabras de la conversaci6n diaria, declaraciones de la confesi6n, intrigas y monopolio de fortunas y de poder que de ello pudieran resultar, todo era de su incumbencia, y de este modo

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, p. 86.

solían ser más reyes que los reyes mismos: «por eso la historia de cada pueblo es siempre la historia de Roma» ¹.

Un solo soberano, entre los príncipes de Europa, logró ser legado del papa, de manera que podía dirigir sus sacerdotes y sustraerse á sus continuas intervenciones: este hábil diplomático fué el conde normando Roger, el conquistador de Sicilia contra los Mahometanos; y el papa que le concedió ese privilegio capital fué el fanático Urbano II, tan celoso por las cruzadas. La monarquía de Sicilia adquirió así un derecho de autonomía eclesiástica, objeto de envidia para los otros Estados, y pudo escapar al caos producido por el conflicto de los dos poderes en lucha. En parte alguna las diversas formas de civilizaci6n, bizantina y árabe, cristiana y mahometana, se unieron de manera más íntima que en Sicilia, laboratorio político mucho tiempo ignorado por los historiadores, á pesar de la importancia real que adquirió en el movimiento de las ideas europeas ².

Si el fin perseguido por los dos poderes rivales era exactamente el mismo, uno y otro tenían á su servicio armas diferentes y empleaban un lenguaje particular. El papa, fuerte con la adhesi6n que sus mismos enemigos daban por ignorancia á la legitimidad de su vicariato divino, tenía el derecho de formular sus reivindicaciones en palabras místicas, que se escuchaban con religioso espanto, como si su voz descendiera del cielo, en tanto que los reyes y los barones hablaban como los otros hombres, siguiendo las mil alternativas de sus pasiones y de sus intereses. La dominaci6n más sabia y más igual de los sacerdotes resistía á las impacencias y á las rebeldías populares mucho más eficazmente que el gobierno de hecho, material y brutal, impuesto por los señores feudales. El campesino, no acostumbrado todavía á la obediencia por una larga rutina, podía rebelarse contra el bar6n y sus hombres de armas cuando era el más fuerte, pero contra el sacerdote sin defensa, contra el fraile vestido de blanco, se sentía desarmado. También éste oprimía, pero en nombre de Dios y de todos los santos; tenía además el poder de atar y desatar, de abrir y cerrar la puerta del cielo y la del infierno; no se osaba odiarle, temiendo desencadenar en el silencio de

¹ Voltaire, *Essai sur les Mœurs*, t. I, c. xli.

² Ernest Nys, *Le Développement économique et l'histoire*, p. 8.

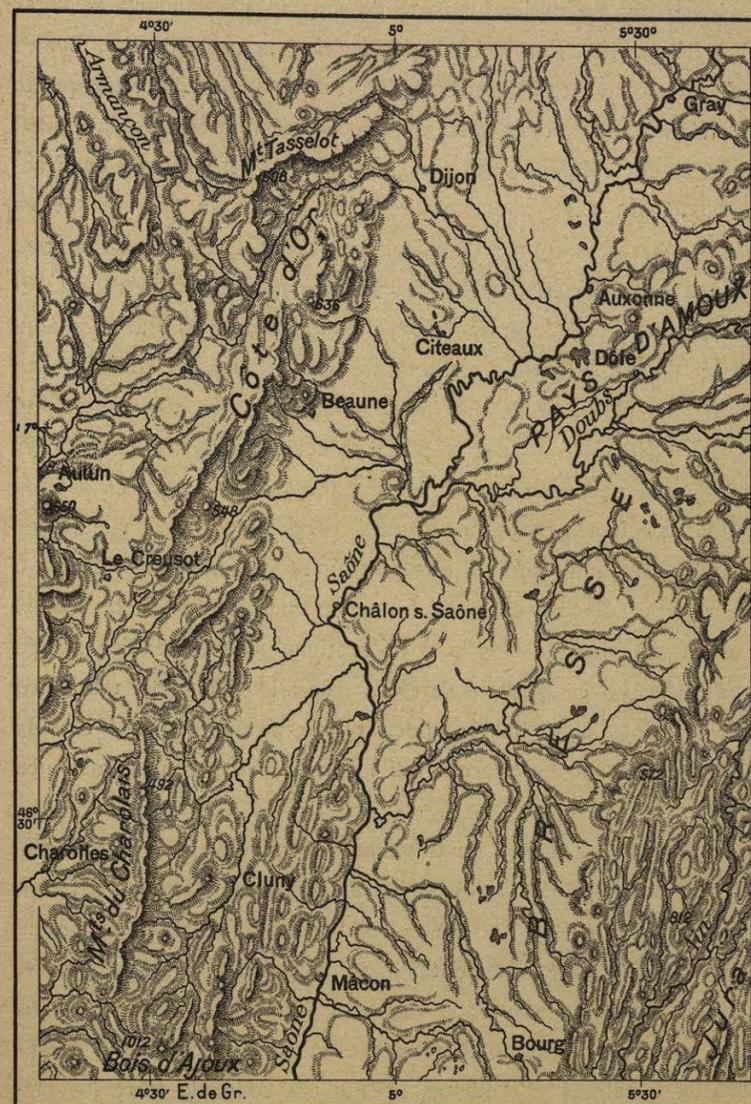
las noches algún demonio vengador. Así los montañeses del Valais blandieron frecuentemente contra sus señores la formidable *matze*, maza en forma de cabeza coronada de espinas y guarnecida de clavos, que plantaban los rebeldes como signo de odio y de furor sin piedad: demolían los castillos, pero no se atrevían á arriesgarse contra los muros de los conventos ó de las iglesias; continuaban prosternándose ante el obispo, ante el príncipe abad, y el feudalismo se conservaba bajo su doble forma, económica y religiosa ¹. Con frecuencia la rivalidad de los dos poderes tenía por consecuencia temporal asegurar á las ciudades la conservación de sus privilegios ó libertades: los sacerdotes solían aceptar el papel de «defensores» de sus fieles, y cuando lo tomaban en serio; se convertían fácilmente en santos en la memoria de sus antiguos clientes. Tal es la causa del patronato tradicional que miles de prelados ó frailes ejercen todavía sobre las ciudades que en otro tiempo administraron ó defendieron contra sus señores.

Sucedió también, según diversas circunstancias, que la causa de la sociedad laica, procurando emanciparse de la opresión del poder eclesiástico, se halló representada por hombres de la autoridad civil; pero éstos, á los ojos de la multitud, tenían siempre la falta de no ser sino campeones aislados ó unidos á grupos de individuos poco numerosos, en tanto que frente á ellos y tocando á los cielos, la Iglesia se presentaba en su conjunto majestuoso. Verdad es que esa unidad hubiera rápidamente desaparecido si los papas hubiesen dejado á los obispos y al ejército de los sacerdotes asimilarse completamente á los otros príncipes feudales, como hicieron los kalifas, detentadores del poder espiritual de Mahoma, respecto de los cheiks del mundo musulmán. En muchas comarcas viéronse poderosos dignatarios de la Iglesia proceder como simples señores feudales, no cuidándose más que de su poder personal y sin preocuparse de los intereses mayores de la preponderancia eclesiástica. La ley absoluta del celibato que había impuesto Hildebrando consiguió desviar el gran peligro de la insubordinación, constituyendo el ejército de los sacerdotes en un batallón sagrado, sin más familia que sus co-

¹ Edouard Rod, *Soc. Normande de Géog.*, Enero y Febrero 1897.

frades tonsurados. ¿No se habían desposado con la Iglesia, que había de ser para ellos objeto de toda pasión humana?

N.º 309. Cluny y Cîteaux.



1: 1 000 000

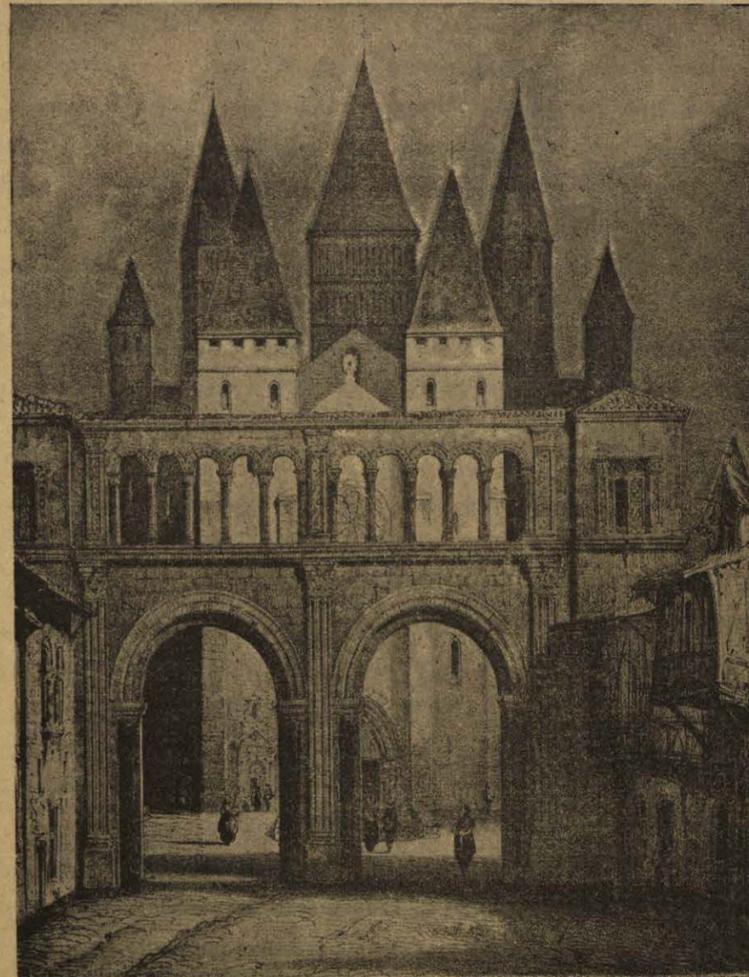
0 10 30 60 Kil.

Sin embargo, esos sacerdotes, dependientes directamente del poder de Roma, no hubieran bastado ciertamente para conservar el

poder papal á través de los siglos si los innumerables religiosos agrupados bajo diversas reglas en todas las partes de la cristiandad no hubiesen dado cohesión á todo el mundo de la Iglesia occidental por su estrecha solidaridad, aparte de toda idea secundaria de lugar natal ó de patria. Los monjes que seguían la regla de San Benito en miles de conventos constituían un inmenso ejército cosmopolita al que vinieron á juntarse reclutas aun más fervientes para la unidad y grandeza de la Iglesia. Al principio del siglo X se fundó en Francia la abadía de Cluny, que restauró, modificándola, la regla benedictina y llegó á ser pronto, bajo la dirección de hombres célebres, como una capital intelectual de Europa y la segunda metrópoli religiosa después de Roma: sucedió en importancia á la ilustre abadía de Monte Casino, y á ella acudieron de todas partes los hombres que huían de los peligros, de las pequeñeces ó de las vergüenzas del siglo, sea para vivir en paz «en las escuelas de las hayas y de las encinas», sea para estudiar algunos manuscritos en que se hallaba resumida la ciencia antigua, ó para prepararse allí á viajar por el mundo cristiano bajo el alto patronato del abad de Cluny, ó también para adiestrarse en el fructuoso campeonato de la Iglesia por una reputación de ciencia ó de santidad. La espléndida abadía borgoñona, cuyo campanario se eleva más alto que el de todo otro edificio religioso antes de la época ojival, atraía toda una escuela de arquitectos y de escultores: allí nació la bella escuela románica de Borgoña.

Ante todo los frailes continuaban la tradición del mundo romano por su ignorancia de las fronteras divisorias entre los Estados, lo mismo que entre las mil pequeñas baronías feudales: su lengua era el latín, su patria la cristiandad: la palabra «internacional», que tantos patriotas modernos toman á mala parte desde que los Estados se han constituido fuertemente en patrias de límites guardados de fortalezas y reductos, apenas era conocida entre los clérigos de la Edad Media, tan natural parecía que en la Iglesia, es decir, en la asamblea de los santos, todos los sacerdotes y monjes, cualquiera que hubiera sido su lugar de nacimiento, perteneciesen á la misma gran familia y fuesen acogidos conforme á su mérito. Irlandeses ó Germanos, Españoles ó Franceses, Italianos ó Escla-

vones, viajaban libremente de diócesis en diócesis, de convento en convento, y podían elevarse en dignidad sin haber de renegar su país de origen. Del mismo modo que el papa reclamaba el domi-



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

CLUNY RECONSTITUÍDO

nio espiritual, y temporal en caso necesario, sobre el mundo de los creyentes, así también éstos reivindicaban su común nacionalidad en todas las comarcas de la Iglesia que recorrían; á través de los siglos habían mantenido sus antiguos derechos de «ciudadanos romanos». En el choque del Occidente y del Oriente, fué una gran

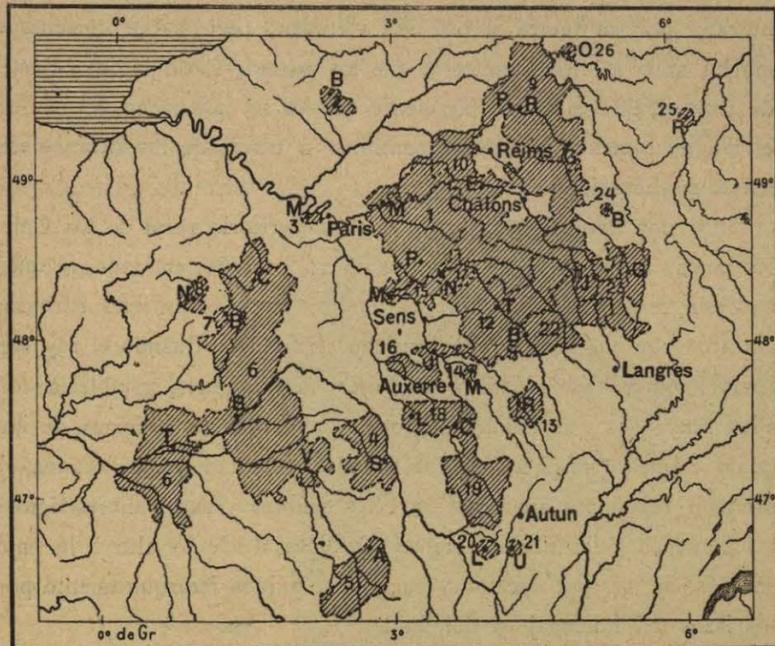
fuerza para el papado la cohesión de sus monjes y de su clero, á pesar de la fragmentación de las multitudes en naciones diversas ó transformándose sin reposo.

No solamente el elemento monacal daba á la sociedad lazos de unión con la antigua civilización romana y le procuraba así cierto ideal muy necesario en el mundo oprimido, sino que mezclaba también las clases y podía utilizar energías poderosas que sin él no hubieran podido encontrar otra salida. Los religiosos de origen popular ó hasta servil, á quienes la ambición natural ó la simple necesidad física de una libertad relativa había hecho entrar en las órdenes, aportaban á sus acciones más energía que los hijos de señores, cansados de la existencia antes de haberla comenzado seriamente. Así es como la sociedad religiosa, incesantemente renovada por los ingresos de abajo, no llegaba á circunscribirse en una casta puramente opresiva ó á perderse en las sutilezas ó las locuras del misticismo. Además, en aquella época, que era la de los libros de caballería y de los relatos milagrosos, las gentes se lanzaban fácilmente hacia el misterio y hacia lo desconocido. ¿No resumía en sí entonces los votos de los frailes el tercer personaje de la Trinidad, el Paracleto, el Consolador, es decir, el Espíritu Santo, ese ser tan vago, tan incierto, para el que la leyenda popular no ha imaginado mejor representación que la figura de una paloma? Dios el Padre, creador de todas las cosas; Dios el Hijo, que fué hombre y sufrió en la cruz, parecían demasiado concretos: los místicos encerrados en los claustros necesitaban un ser intangible que la potencia creadora trataba de fijar en vano¹.

Otro elemento social, la caballería, ayudó por una parte tan considerable como los monjes al movimiento de las Cruzadas. Atribúyese generalmente y de una manera especial aquella institución á la época de los paladines, como si hubiese comenzado con Rolando para alcanzar su apogeo delante de Jerusalem y desaparecer después gradualmente al mismo tiempo que se transformaban las armas, cuando los arqueros plebeyos de Eduardo III y los tejedores de Flandes, con sus pesadas mazas triunfaron en el siglo XIV de los caballeros franceses acorazados, cubiertos de hierro, erizando de

¹ Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Noviembre 1896.

N.º 310. Posesiones del Conde de Champaña.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

La siguiente lista, formada según Aug. Longnon en el Atlas Schrader, indica los diferentes señores feudales del conde de Champaña para los territorios correspondientes.

- I. Rey de Francia: — 1. Condado de Champaña, Meaux, Provins, etc. — 2. Breteuil en Beauvaisis. — 3. Feudo de Marly. — 4. Condado de Sancerre. — 5. Castellánías de Ainy, etc. — 6. Condado de Blois, Chartres, Vierzon, Tours, etc. — 7. Brou. — 8. Nogent-le-Rotrou.
- II. Arzobispo de Reims: — 9. Condado de Porcien, Rethel, Grandpré. — 10. Epernay, etcétera. — 11. Señoría de Joinville, etc.
- III. Duque de Borgoña: — 12. Condado de Troyes, etc. — 13. Rougemont, etc. — 14. Maligny.
- IV. Obispo de Sens: — 15. Montereau, etc. — 16. Condado de Joigny.
- V. Abad de San Dionisio: — 17. Nogent-sur-Seine.
- VI. Obispo de Auxerre: — 18. Castellánías de Lainsecq, etc.
- VII. Obispo de Autun: — 19. Châtel-Censoir, etc. — 20. Luzy. — 21. Uchon.
- VIII. Obispo de Langres: — 22. Bar-sur-Seine.
- IX. Emperador de Alemania: — 23. Señoría de Gondrecourt, etc. — 24. Belrain. — 25. Roussy. — 26. Orchimont.

Respecto de varios de estos feudos el conde de Champaña no era más que el señor mediato; otros señores le rendían homenaje por la posesión inmediata, tal el conde de Anjou, rey de Inglaterra, los condes de Nevers, de Vermandois, del Perche, etc.

El mapa lleva los mismos números que esta lista y las iniciales de las ciudades citadas.

lanzas todo su frente de batalla. Es cierto que la flor de la caballería corresponde exactamente á la época en que la literatura de los ciclos de Carlomagno y de Artus idealizó hasta el milagro las